

Belén Altuna, profesional con certificado de calidad

entrevistada por Juana ITURRALDE SOLA*



El edificio de la Biblioteca de la Universidad Pública de Navarra recuerda a aquel proyecto de Biblioteca Nacional soñado por Étienne-Louis Boullée allá por el año 1784: un inmenso espacio unitario, iluminación cenital y estanterías en pisos a distintas alturas. Pero lo que el gran Boullée imagina como “una inmensa basílica iluminada desde lo alto”, el genio de Sáenz de Oiza lo materializa en un cuerpo de factoría industrial, carne de hormigón y cemento, espacio para ser habitado por lo que en lenguaje mitinero podríamos denominar “operarios de la información” y “trabajadores de la cultura”.

En este páramo gris, homenaje al *pobrismo*, trabaja desde enero de 1998 Belén Altuna Esteibar, como subdirectora de la Biblioteca.

Belén tiene voz cálida de contralto y un currículum que tumba, ejemplo práctico de dirección por objetivos: es licenciada en Psicología por la Universidad del País Vasco; ha realizado cursos de doctorado en la Facultad de Filosofía y Ciencias de la Educación de esa misma universidad; es Master of Science, en Library and Information Science, por la Universidad de Illinois, y ha realizado también el Programa de Doctorado en Documentación en la Universidad Carlos III de Madrid. Ha trabajado como bibliotecaria y con diferentes cargos de responsabilidad en la Universidad del País Vasco y en la Biblioteca Nacional, en Madrid; como docente, en la Universidad Carlos III; como profesional independiente, ha sido directora del Proyecto DELICAT dentro del IV Programa Marco Europeo de I+DT; ha participado en reuniones de expertos de la CE para la preparación del plan estratégico del V Programa Marco Europeo de I+DT, en el Área de Telemática para Bibliotecas; y ha sido miembro del Working Group europeo de expertos de COBRA+ para la identificación y propuestas de líneas estratégicas de trabajo de las bibliotecas nacionales europeas. Son innumerables los cursos impartidos y organizados, las conferencias, comunicaciones en congresos y las publicaciones. En fin, como profesional presti-

19

torado en la Facultad de Filosofía y Ciencias de la Educación de esa misma universidad; es Master of Science, en Library and Information Science, por la Universidad de Illinois, y ha realizado también el Programa de Doctorado en Documentación en la Universidad Carlos III de Madrid. Ha trabajado como bibliotecaria y con diferentes cargos de responsabilidad en la Universidad del País Vasco y en la Biblioteca Nacional, en Madrid; como docente, en la Universidad Carlos III; como profesional independiente, ha sido directora del Proyecto DELICAT dentro del IV Programa Marco Europeo de I+DT; ha participado en reuniones de expertos de la CE para la preparación del plan estratégico del V Programa Marco Europeo de I+DT, en el Área de Telemática para Bibliotecas; y ha sido miembro del Working Group europeo de expertos de COBRA+ para la identificación y propuestas de líneas estratégicas de trabajo de las bibliotecas nacionales europeas. Son innumerables los cursos impartidos y organizados, las conferencias, comunicaciones en congresos y las publicaciones. En fin, como profesional presti-

* Biblioteca Pública de Orvina

giosa, es miembro de diferentes sociedades profesionales y asociaciones varias, como ASIS, ALA, SEDIC, etc.

Con este currículum, el apellido "Altuna", que en euskara la catapulta a lo más alto, y el entusiasmo necesario para sobrevivir al escenario más inhóspito, esta donostiarra políglota y tan preparada está empeñada en implantar en la Biblioteca de la Upna un nuevo modelo de gestión, basado en la dirección por objetivos.

Belén habla con entusiasmo sereno. Se ayuda con las manos en su discurso y, cuando va a precisar la argumentación, en un gesto maquinal y único, ajusta las gafas a la base de su nariz y el argumento en su punto exacto.

La encuentro en su despacho, trabajando en *estéreo*, en pantalla y con documentación impresa ("me gusta trabajar así, tenerlo todo a la vista"), y a mí me da un poco de apuro interrumpir su tarea.

—¿Cómo llega a esta profesión de bibliotecaria?

—Siempre me ha llamado la atención que a los bibliotecarios nos planteen, ineludiblemente, esa pregunta. Parece que causa asombro, como si hubiera alguna duda, incluso entre nosotros mismos, sobre el interés de esta profesión.

20

En mi caso particular, no había precedentes familiares, y los estudios de Biblioteconomía no estaban generalizados; únicamente había posibilidad de cursar estos estudios en Cataluña, en la Universidad de Navarra y en la pequeña escuela de la Biblioteca Nacional en Madrid. Los que éramos *de provincias*, como se decía entonces, lo teníamos más complicado para acceder profesionalmente a ese mundo.

Yo comencé a interesarme por las bibliotecas por algo que puede parecer una tontería. Estudiaba Psicología, y a mí me parecía que la C.D.U. de los catálogos de las bibliotecas para nada respondía a cómo la mente busca información, cómo asocia la memoria esa información y cómo trabaja la mente como mecanismo de recuperación de esa información. De ahí nació mi interés por esta profesión.

—Pues debió de ser muy grande, porque enseguida comenzó a trabajar en una biblioteca...

—Bueno, tuve una beca para trabajar unas horas al día y me pareció muy interesante porque tenía muchas facetas distintas. Al terminar la carrera universitaria, me presenté a las oposiciones de Auxiliares de Biblioteca para la Universidad del País Vasco, lo que ahora se denomina Ayudantes de Biblioteca.

—Y consiguió una plaza.

—Sí. Recuerdo que obtener bibliografía era difícilísimo; era todo una especie de autodidactismo que, aunque por una parte puede producir un sentimiento de admiración, por otra genera muchos vicios de base. Por eso, siempre tuve unas ganas tremendas de asentar una posición académica en mi propia carrera profesional. Podría decirse que una de las paradojas de mi currículum profesional es que obtengo un grado académico después de ser facultativo de bibliotecas. Pero para mí era una necesidad sentida en la base de mi profesión; consideraba que la profesión de biblio-

tecario tenía que ser avalada por un marco educativo, y solamente me siento consolidada como profesional en el momento en que ya, además, tengo unos estudios académicos propios.

—Por eso deja su puesto en la Biblioteca Nacional y se marcha a Estados Unidos a realizar sus estudios de *master* en bibliotecas.

—Así es. El mundo anglosajón siempre ha sido nuestro referente en el campo de las bibliotecas: en gestión, organización de servicios, usuarios, procesos, etc. Para mí, era un poco la esencia de lo que consideraba que debía ser la profesión bibliotecaria.

—¿Qué tipo de enseñanza recibe en Estados Unidos: más teórica o práctica?

—Más teórica. Pero se me abre la perspectiva de la gran interdiscipliniedad de la biblioteconomía, que abarca aspectos muy diversos: desde gestión de instituciones, estudio de necesidades de información, hasta aspectos teóricos de recuperación de esa información, de evaluación, etc., etc. El tipo de enseñanza es mucho a base de esfuerzo personal, de realización de trabajos; pero no hay un *practicum* tal y como lo concebimos aquí, sino que hay que desarrollar muchos trabajos en contacto directo con las colecciones, los bibliotecarios, en fin, con los diferentes aspectos de la biblioteca, y, en ese sentido, sí hay una práctica.

—Con su experiencia personal, ¿qué considera preferible para acceder a la profesión bibliotecaria: una titulación específica que facilite una formación profesional muy técnica en organización de la información, en recuperación de la misma, etc., o una formación universitaria en el campo que sea y unos estudios de postgrado que capaciten para gestionar información y todo lo que conlleva el mundo de las bibliotecas?

—El esquema americano que yo conocí era más bien de formación de postgrado, lo que aquí es un tercer ciclo. Se llegaba a esos estudios desde distintas procedencias académicas e intelectuales y, luego, se hacía una formación de postgrado, normalmente en cuatro semestres. De hecho, en casi todas las universidades se pide siempre un perfil semejante: un título universitario y un postgrado de una escuela acreditada por la American Library Association. En Estados Unidos, para ser director de una biblioteca, hay que tener un currículum de mucho peso. Sin embargo, en España, no está establecida una carrera profesional que ponga unas mediaciones para determinados puestos. En ese sentido, la diversidad de titulaciones que hay, sobre todo con la diversidad de ciclos, no sé si responden a las necesidades de las bibliotecas.

—Creo que no le termina de convencer la licenciatura en Biblioteconomía y Documentación, al menos, tal y como se configura en España...

—No hubiese apostado jamás por una diplomatura más una licenciatura. Llenar de contenido cinco años de biblioteconomía exige una interdiscipliniedad enorme; además, existe el peligro real —porque yo lo he comprobado— de crear solapamientos entre la diplomatura y la licenciatura. Desde mi punto de vista, hubiera sido más adecuado articular una vía que permitiera incorporar a personas con diferentes titulaciones para que llegaran a ser especialistas en información. Quizá es que, en estos momentos, no hay un campo profesional en el mercado que exija esa cualificación profesional, pero no es menos cierto que, a la hora de plantearse distintas titulaciones, sería conveniente analizar las necesidades de información que

existen en las diferentes áreas de actividad, como la medicina, la arquitectura, la agronomía, etc., y potenciar la información desde ese punto de vista.

—**Bueno, de alguna manera, este punto de vista lo comparten quienes han apostado por la licenciatura en Biblioteconomía y Documentación, porque, con un curso puente, se puede acceder a la misma desde cualquier diplomatura.**

—Yo creo que la diplomatura es un *totum revolutum*. Hay quien puede pensar que, en muchos tipos de bibliotecas, con un diplomado es suficiente. A mi parecer, esto es discutible; cuanto más capacitado sea un profesional, más cosas y propuestas puede hacer. Por otra parte, en muchas instituciones se está utilizando a licenciados que han hecho unas oposiciones para cuerpos de diplomados, pero que en su trabajo utilizan todo el bagaje que supone una formación universitaria superior. Seguramente, todavía no hemos puesto a cada tipo de profesional en el lugar que le corresponde, y el mercado también se está aprovechando de que se están generando titulados y los está utilizando a bajo precio. Es una situación compleja que, seguramente, en pocos años se irá clarificando.

—**Usted formó parte del Grupo de Trabajo sobre Acreditación de Programas de Estudios de Biblioteconomía y Documentación y Certificación de Profesionales de Información, de la SEDIC. ¿A qué obedeció aquella iniciativa: era un intento de copiar fórmulas anglosajonas de control de calidad profesional o más bien nació de la desconfianza que generaba la repentina inflación de diplomaturas de biblioteconomía en las universidades españolas?**

22

—Al principio, nos planteamos comenzar por la acreditación de títulos, pero consideramos que era demasiado prematuro, en una situación académica todavía no muy asentada, que las asociaciones fuesen las que acreditaran. Se estaba llevando a cabo en Inglaterra y en Estados Unidos, pero en esos países existe un grado de asociacionismo muy consolidado y con un reconocimiento, tanto institucional como social, muy fuerte, y en donde el estudio de estas materias lleva muchos años desarrollándose. Por ello, nos pareció que era más interesante y sensato comenzar por la certificación de profesionales.

—**¿Por qué despertó tantas reticencias?**

—La certificación tuvo mucha discusión, pero creo que no fue bien entendida o no se quiso entender. La pretensión de la certificación no es tanto entrar a competir con los titulados en biblioteconomía, sino otorgar una valoración a una carrera profesional que también la va a tener el titulado cuando ingrese a ejercer la carrera profesional. No se trataba de enfrentarse con los titulados, sino de valorar una carrera profesional. Por otra parte, también se pretendía resolver la situación de muchos profesionales sin titulación específica porque cuando accedieron a la profesión no existía, pero que, sin embargo, tienen una trayectoria profesional que es digna de reconocerse. Esa era la pretensión, y no creo que sea discutible el que se valore la progresión de una carrera profesional y que profesionales que llevan trabajando muchísimos años, con experiencia y cualificación, tengan un reconocimiento de que son tan profesionales de la información como cualesquiera otros, por lo menos en este periodo en el que están conviviendo dos realidades.

—La certificación ¿es de carácter genérico o especializado para determinadas áreas?

—En principio se ha optado por el modelo francés, que distingue tres niveles: técnico, técnico superior y experto; cada uno de esos tres niveles es genérico. En un futuro, si la cosa va muy bien y hay demanda, tal vez merecerá la pena orientarlo a áreas más específicas.

—¿Han solicitado la certificación muchos profesionales?

—Pues no lo sé; a mí me consta que existen; yo, personalmente, conozco a algún profesional que se ha certificado, pero no sabría indicar el nivel de demanda.

¿Cuál es el proceso que se sigue en la certificación?

—Es una especie de autoevaluación: hay unos protocolos que, basándose en el propio currículum, hay que ir rellenando y, naturalmente, se aporta la documentación acreditativa; puede haber una entrevista, etc. La certificación otorga a la experiencia una gran relevancia, pero también se valora la formación inicial y la continua, y todos los aspectos que contribuyen a enriquecer el currículum profesional. En la certificación hay una parte académica en la que se bareman las titulaciones, entre ellas la titulación específica. Las distintas funciones de un profesional de la información se agrupan por áreas de actividad: centros de documentación, bibliotecas y archivos, y se establecen las funciones que corresponden a los distintos niveles profesionales.

—¿Hubo algún tipo de reticencia por parte de las universidades ante la posibilidad de que se implantara la Acreditación de Programas de Estudios de Biblioteconomía y Documentación?

23

—No. Hubo algunas universidades, como la de Granada y la Carlos III, que estaban por la labor; en cuanto a las demás, tampoco hicimos muchas indagaciones, porque nos dimos cuenta de que era demasiado crítico ese proceso para tan pocos años de experiencia académica.

—¿Se da en otros países europeos la formación por ciclos tal como se configura en España?

—Así, a bote pronto, recuerdo que, en Gales, donde estuve haciendo unos cursos, sí que había diplomaturas, pero las estaban abandonando, orientándolas más a un segundo ciclo. En Alemania hay un grado académico que podría asimilarse a nuestra diplomatura, aunque hacen una tesina. En Italia, la situación es más caótica que la española; está menos instituida pese a que la española es todavía muy reciente.

—En cualquier caso, debe de resultar difícil articular una formación académica para una profesión que está en constante cambio. Con avances tecnológicos tan vertiginosos como los que se producen hoy en día, es difícil imaginar el futuro de nuestra profesión, ¿no?

—Bueno, las tecnologías sí que avanzan; pero no sé hasta qué punto cambia tanto la esencia de la profesión. Yo no sabré instalar una aplicación de una tecnología punta, por ejemplo, pero lo que sí tengo claro son los principios que orientan mi actividad profesional, y eso lo da la formación académica. Esos principios tienen que ver con mi capacidad para valorar una colección, qué puedo hacer con ella, cómo orientarla para responder mejor a una demanda

determinada, cómo organizar y recuperar la información de manera más efectiva, etc. Hay que cambiar la herramienta que posibilita pensar unos servicios con más posibilidades para el usuario.

Creo que las nuevas tecnologías no han supuesto el descubrimiento de servicios realmente nuevos; lo que sí han hecho es mejorar considerablemente los servicios que ya estaban en la base de la actividad bibliotecaria y documental. Las nuevas herramientas nos han permitido crear servicios que ya estaban planteados en la biblioteconomía desde siempre, pero con una multiplicación de efectos que de ninguna manera se hubieran podido obtener anteriormente.

—Pero las nuevas tecnologías obligan a *redimensionar* funciones, ¿no?

—Ciertamente. Y también es verdad que había cosas que, aunque quisieras, no podías ofrecer por imposibilidad práctica, y ahora todo eso resulta facilísimo. Pero los usuarios actuales se siguen encontrando con problemas muy parecidos a los que tenían los antiguos a la hora de buscar información en los catálogos manuales. Los problemas básicos de la organización de la información y de los servicios siguen siendo muy importantes dentro de la profesión. Lo que pasa es que se han añadido aspectos que antes no se contemplaban ni se exigían: ser buen gestor, rentabilizar los recursos, gestionar recursos humanos, etc. Antes no se preparaba para estos aspectos que hoy consideramos fundamentales. En la sociedad actual, hay que dar cuenta de los recursos públicos, casi siempre limitados, y rentabilizarlos al máximo.

24

—Y todos estos aspectos se deben contemplar en la formación de los futuros profesionales...

—Naturalmente. En la licenciatura de Biblioteconomía y Documentación en la Universidad Carlos III sí estaban presentes. Yo daba una de esas asignatura, pero desde el Departamento de Economía de la Empresa.

—Cambiamos de tercio, si le parece, y hablemos un poco de cooperación europea en materia de bibliotecas. ¿De qué manera han incidido los sucesivos Programas Marco en la elevación del nivel bibliotecario en España?

—Uno de los aspectos más positivos de estos programas ha sido poner en contacto a profesionales de distintos países, con puntos de vista diferentes; conocer nuevas realidades, formas distintas de abordar los problemas, y todo eso conocerlo, no sólo a través de la bibliografía, sino directamente de los propios protagonistas. En cuanto al resultado de los Programas Marco, teniendo presente de dónde partíamos, las bibliotecas universitarias, en una década, han avanzado mucho, han pegado un salto cualitativo muy importante; pero, quizás, otro tipo de bibliotecas han quedado descolgadas o han participado muy a duras penas.

—Por ejemplo, las públicas...

—Ciertamente, las públicas han participado muy poco; pero también es debido a que el programa de bibliotecas de la Unión Europea estaba entroncado en un Programa Marco exclusivamente tecnológico, y no sólo de aplicación tecnológica, sino de desarrollo e innovación tecnológicos. Cuando se tienen unos recursos tan limitados como los nuestros y hay que hacer

frente a la nueva tecnología que te está viniendo, las posibilidades de incorporarse a ese otro tren son escasas. Por eso, nos pilló un poco a contrapaso. También incidió el hecho de que éramos demasiado nuevos en la Unión Europea como para hacer de eso virtud. A nosotros nos pilló en un momento muy crucial, donde se estaban abriendo muchos frentes y, por otra parte, nos faltó, como país, la experiencia de estar en Europa un poco más. En el V Programa Marco, el tema de bibliotecas está vinculado al programa temático de Tecnologías para la Sociedad de la Información, que tiene un perfil no tan acendradamente tecnológico como los anteriores, y tal vez nos resulte más asequible.

—¿En el ámbito español, se está generalizando la *cultura de la cooperación*?

—En bibliotecas universitarias está la Red de Bibliotecas Universitarias (Rebiun). Antes, la pertenencia a esta red era voluntaria, y Rebiun podía establecer directrices o normas de obligado cumplimiento para sus miembros. Pero, desde que Rebiun se ha convertido en un área sectorial de la Comisión de Rectores de las Universidades Españolas (CRUE), toda biblioteca universitaria, por el hecho de serlo, es miembro de Rebiun; su pertenencia es automática y, por tanto, la obligatoriedad y la cooperación es menor. Habrá que ver de qué manera incide este cambio de *status* en el nivel de cooperación y en la eficacia de la misma. La cooperación será de mutuo beneficio; pero, claro, es muy difícil establecer cuál es el mutuo beneficio en instituciones que pueden tener distintas prioridades en un momento dado.

—¿Hay establecidos mecanismos de control de calidad en el cumplimiento de los compromisos?

—No; se han establecido grupos de trabajo en distintas áreas que, supuestamente, son de interés para las bibliotecas, y cada biblioteca universitaria participa en aquellos que le son de más interés o prioridad. La biblioteca de la Upna participa en el grupo de trabajo de préstamo interbibliotecario y en el de evaluación.

[El reloj nos sorprende y lo que iba a ser una hora de entrevista se acerca ya a la hora y media].

—Si le parece, concluiremos la conversación volviendo a su persona. ¿Qué retos profesionales le empujaron a presentarse a la plaza de subdirectora de la Biblioteca de la Upna?

—Yo comencé trabajando en bibliotecas universitarias y les tengo un aprecio especial por haber sido el origen y el marco donde descubrí mi interés por esta profesión. Por otra parte, llevaba tres años en la docencia y, como *freelance*, dirigiendo un proyecto europeo y dedicándome a cosas de asociación; y me apetecía volver a tomar tierra... *[pega con los nudillos sobre la mesa para enfatizar su afirmación]*, lo necesitaba. Creo que, en esta profesión, para que docentes y profesionales nos beneficiemos mutuamente, debemos tener una proximidad muy grande. Yo necesitaba volver a *morder* el trabajo diario *[vuelve a golpear la mesa con los nudillos]* y como, además, toda mi actividad docente había estado muy ligada a aspectos de gestión y administración, me apetecía no mandar, pero sí tomar un puesto en el que pudiese ejecutar gestión. No voy a decir que con esto cierro ya mi trayectoria profesional, porque he hecho un poco de todo y no sé dónde terminará. Llevo año y medio y estoy todavía contenta.

—¿Y eso es raro o no es raro?

—No sé. Yo soy una persona que me *automotivo* bastante; aquello en lo que me pongo lo encuentro de un interés apasionante.

—¡Pues es una gran ventaja...!

—Sí, es una ventaja muy grande estar a gusto con lo que haces; y yo estoy muy contenta porque, aunque la universidad ha cambiado mucho desde cuando yo la dejé como bibliotecaria, me sigue pareciendo un espacio, profesionalmente hablando, muy atractivo.

[Inevitablemente, debemos concluir ya. Desde aquí reitero las gracias a Belén Altuna por su amabilidad, por su tiempo y por su cercanía].